

LA SACERDOTISA

Estoy cansada. Han sido muchos años. Cuando empecé no pensé que iba a ser tan duro. Era muy joven. Me crie rodeada de mujeres. De niña adoraba aquellos hábitos blancos que cada día entraban en mi dormitorio para despertarme. Un desayuno frugal y a las aulas de estudio. Allí conocí al único hombre de mi mundo: mi profesor, una eminencia gris con una capacidad infinita para desdibujarse. Su recuerdo permanecía en mí hasta que cerraba la puerta de la cancela. En ese instante lo olvidaba y volvía a mi realidad femenina. Las madres me fascinaban.

Cuando cumplí 15 años llegó el momento. «Eres especial» me decían. ¿Quién no quiere sentirse única a esa edad? Les creí. Llevaban años preparándome para ese día. Empezaba una nueva etapa en mi vida. No dudé de sus palabras. Nunca me faltaría de nada. Eran mis madres, mis hermanas. ¿Cómo no iba a creerlas?

Empezaron las horas de meditación, de oración, de purificación. Los meses iniciáticos fueron los más duros, desconocía tantas cosas. Pero si algo define al ser humano es su capacidad para adaptarse. Poco a poco me acostumbré a mis nuevas obligaciones. Me instruyeron los mejores profesores, aprendí de todas las ciencias, conocí a grandes filósofos, economistas, científicos. Me prepararon bien.

A lo largo de estos años, permanecer encerrada no me resultó difícil. La casa y sus dependencias son inmensas y confortables, el jardín vasto y exuberante. Disfrutaba, todavía lo hago, del sol, de la naturaleza que se extiende en varias hectáreas alrededor de nuestro recinto. Gruesos y elevados muros nos protegen de cualquier mirada extraña. A pesar de las visitas, de las niñas, es fácil encontrar soledad y recogimiento. Tenía, aún vivo en ellas, mis habitaciones privadas donde estudio, duermo y sueño. Mi aproximación al mundo es todavía teórica: aprendo lo que hay fuera sin salir, me preparo como quien seduce a su enemigo pensando en futuras batallas.

Al año, cuando acabó el periodo iniciático, me convertí en la creadora. Soy consciente de la responsabilidad. Quizás demasiada en aquel momento, era muy joven. Asustada pero también interesada por el mundo de posibilidades que se abría ante mí. Conocer a la Diosa, pronunciar su nombre, Ishtar, saber su historia, sentir su sangre me hizo fuerte. He pasado años de estudio, de pruebas. Sé que no

ha sido un sacrificio, sino una ofrenda a la Divina para que siga manteniendo nuestro poder, nuestra fuerza.

Cuando acepté sustituir a Madre supe que aquel era mi lugar, el camino que me tocaba recorrer por derecho de nacimiento. Siempre la adoré, aunque la viví en la distancia, pues de niña no solía pasar mucho tiempo con ella. Me criaron las hermanas. Fui la mayor de todos sus hijos. Siempre tuve el convencimiento de que yo sería la elegida, si no ¿para qué mantenerme en la casa? La adoraba como se venera un objeto que se anhela en la lejanía. Y no era la única. Cuando yo era niña llegaban a la casa hombres procedentes de países, cuyo nombre yo pronunciaba llena de excitación, sin saber todavía ubicarlos en un mapa. Me aseguraban que algún día yo ocuparía el puesto de mi madre. Así fue, la estirpe prosiguió. Yo he sido la siguiente sierva de Istar. No me engañaron. Nunca me ha faltado de nada. Incluso aquellos hombres regresaron ansiosos de conocerme a mí.

Lo confieso, en la etapa inicial llegué a flaquear. Me asustaba la magnitud del sacrificio que se me exigía. El primer hombre lo viví con curiosidad, con interés. En honor a la diosa, el primero debía ser mi hermano. Ambos habíamos sido adiestrados para aquel momento. El brebaje que me proporcionaron mitigó mi dolor. En el futuro, otros hombres ocuparían el lugar de mi hermano. Fui instruida en las más ancestrales artes del placer, no ignoro nada de las técnicas más antiguas del goce. Durante años aprendí los resortes más secretos de la pasión, puedo hacer gritar a un hombre antes de caer en el abismo del orgasmo, de provocar tanto placer que puede llegar a ser confundido con dolor y hacerles caer en un éxtasis como no han conocido jamás.

Llegaron de lejanos lugares para adorarme. Y también poseerme, sin saber que su semilla yo la convertía en mía. No todos fueron iguales. Debo hacer distinciones. Algunos, a veces, me gustaron. Los que participaron en el juego erótico y disfrutaron más de mí que de lo que yo representaba. Vieron en mí a la mujer y no a la diosa y propiciaron mi placer. Otros solo desearon vaciarse en mi interior como muestra de posesión. Todos tenían algo en común: eran hombres poderosos que deseaban perpetuarse a través del tiempo. Su único objetivo era embazarme. Una vez cumplido jamás volvían a la casa hasta la siguiente generación. Incluso en los momentos en que me entregué, siempre me mantuve distante. Solo lo que no posees por completo puede convertirse en anhelo, en obsesión. Y ese es

mi misterio, la base de nuestro poder. Ellos me cuentan sus problemas, sus preocupaciones, me hablan de sus empresas, de sus países, de sus compañeros de partido, de todo lo que tiene que ver con su mundo. Y nosotras procesamos toda esa información, la valoramos y tomamos las decisiones oportunas.

«Cortesana de los dioses» me llaman. Inocentes. Yo soy la Diosa hecha carne ante la que se postran. Ellos cumplen los designios marcados por Istar y sus sacerdotisas, mi madre, mi abuela, las madres, las hermanas.

Con la llegada del primer hijo confirmé el poder de la sangre, la creación de vínculos invisibles y profundos. Me ligó para siempre a aquella casa. Podía ver al bebé durante unas horas al día y eso era suficiente. El primer año, el primer embarazo, el primer parto. Fue una niña, la primera. Nunca entendí cómo intuyeron que ese iba a ser su sexo, yo no lo supe hasta que no la vi nacer. Parí en casa. Acompañada solo por las mujeres que me ayudaron y cuidaron. Así fueron todas las veces. El parto supuso una experiencia que me conectó con lo más profundo de mi ser, con la mujer salvaje del principio de los tiempos, un momento en el que sentí en mí a todas las mujeres de la historia, el grito ancestral del dolor y la creación en cada contracción. Viví el desgarrar de la carne como un alivio. Y llegó ella, la primogénita. Supe que me sustituiría llegado el momento, cuando yo hubiese recorrido mi camino y ella tuviera la edad necesaria. Después llegaron otros. No he conseguido amarlos a todos igual, el sentimiento hacia ella es diferente. Me siento más ligada a mi primera hija porque me descubrió el amor incondicional, ese tan lleno de tópicos. Me enseñó que hay una persona por la que lo darías todo, sin pedir nada a cambio. Cualquier movimiento de su corazón consigue alterar mi sangre. Y ahora que va a tomar el relevo, temo por ella. Pero es su sino, como lo fue el mío y el de mi madre y el de la madre de mi madre.

Los niños quedan en casa hasta que cumplen tres años. Solo ella, la primera, ha vivido siempre con nosotras. El resto están a cargo de mentores en diferentes lugares del mundo. Recibirán una educación esmerada, los atenderán los mejores profesores. Y sé que sus tutores se preocuparán por ellos. Era imposible que pudiera hacerme cargo, que permaneciesen a mi lado. Pero algunas noches, a pesar del convencimiento y del control, me descubro pensando en cómo habrán crecido, en que será de sus vidas. Volverán a casa a expresarme su respeto y reconocimiento cuando tengan dieciocho años, es mucho tiempo imaginándoles.

Todos regresan en algún momento, para conocer sus raíces, para saber de dónde vienen y cuáles son sus obligaciones. Todos constituimos una familia grande, poderosa. Compartimos la misma sangre, el mismo latido.

Los hijos de todos ellos, mis hijos, los hijos de Istar, serán quienes dominen la economía, las finanzas y la política durante los próximos años. Mis hermanos y hermanas les ayudarán. Ellos serán la siguiente generación de una numerosa familia con representación en todos los países y estamentos políticos y sociales. Y el centro está aquí.

Ahora, en la Casa quedan los dos más pequeños. El último murió. Eso les convenció de que mi semilla ya no era todo lo sana que debería. Siento alivio al pensar que ya no tendré que vivir más embarazos, puede más el cansancio. Que se acabe. Pensé que nunca llegaría el momento, pero celebro mi 33 aniversario y ya he cumplido. Ser la madre ha sido duro. Tener un hijo cada año también. Constantemente embarazada, obligada a engendrar, a parir. Es el precio que asumimos para mantener nuestro poder. El sacrificio que demanda la inmortalidad.

Ahora le toca a mi niña. Mi más amada. Ella ocupará mi lugar, como yo lo hice con mi madre. Vivirá la maternidad en su esplendor y majestuosidad y yo me encargaré de cuidarla. Seré su sacerdotisa, como lo ha sido antes mi madre. Mañana empiezo una nueva etapa. Han sido años de intenso estudio, de escuchar a los sabios más grandes, de aprender técnicas de meditación, de autocontrol, de conocer el mundo sin vivir en él. De experimentar la maternidad en toda su intensidad. Ahora inicio un camino hacia el exterior y, de nuevo, mi madre será quien me conduzca por él. Nunca más conoceré varón. Empieza para mí el final del ciclo lunar, alcanzaré la sabiduría, cuidaré de la Diosa y mantendré nuestra sociedad próspera y rica. Cumplido mi ciclo con la carne, lejos ya de cualquier pasión que pueda enturbiar mi pensamiento, mi objetivo, estoy preparada para convertirme en la Sacerdotisa. Yo seré la que todo lo sabe, la guardiana de los secretos, la que se mantiene eternamente joven. En realidad somos muchas.

Ven lo que queremos que vean. Creen lo que queremos que crean. La sacerdotisa es la única que se muestra al mundo, y ahora ese será mi papel. De nuevo sigo los pasos de mi madre, camino sobre sus huellas. Avanzo un paso más en la sagrada escalera de la sabiduría y el poder.

@ Joana Chilet